



Lima, 15 de Septiembre de 1986

Queridos Hermanos:

Con el ocaso del sol, en vísperas de la Solemnidad de la Epifanía, en camino de servicio apostólico, caía víctima de un grave accidente, nuestro hermano en Don Bosco

**Mons. JULIO GONZALEZ RUIZ**

Obispo Emérito de Puno

Y el día 6 de Enero de 1986, al despuntar la aurora, surgía a la nueva vida en Cristo, después de ser atendido en el Hospital Militar de Lima.



Como María, al pie de la cruz, estuvo su madre Elena, ejemplo de fortaleza y amor cristiano, en la hora del sacrificio, como lo había hecho durante toda su vida.

En la Basílica de María Auxiliadora donde, hacía 27 años había recibido la Ordenación Episcopal, tuvo lugar el día 7 una emotiva y reconocida Eucaristía concelebrada. Presidía el acto religioso Mons. Jesús Calderón, actual Obispo de Puno, acompañado por 9 Obispos y unos 60 sacerdotes, además de una inmensa multitud de fieles, que en sintonía de mente y corazón participaron emocionados. Entre las autoridades presentes cabe destacar al Sr. Presidente de la Corte Suprema, natural de Puno.

El miércoles 8 fue transportado en avión de la Fuerza Aérea a su antigua Diócesis de Puno. Así fue su deseo, expresado al celebrar sus Bodas de Plata Episcopales, pues, "quiero, dijo, descansar para siempre junto a los fieles que Dios me dio". Haciendo eco con estas palabras a las escritas en su primera Carta Pastoral: "Os declaramos con sinceridad que venimos a quedarnos para siempre con vosotros, rogándoos que llegada la hora déis honrosa sepultura a nuestros despojos mortales".

El Sr. Obispo de Puno, Mons. Jesús Calderón, vino representando a la agradecida población puñena para cumplir el sagrado deseo del pastor que vive y muere en medio de sus ovejas.

Al llegar los restos mortales al Altiplano, como en un signo revelador, el cielo se limpió y el sol resplandeció. La apoteosis del acto pudo recogerla en las palabras brotadas del alma de una campesina indígena: "Julito, no voy a llorar. Porque como siempre cumpliste lo que nos dijiste, has vuelto y para siempre; ahora te quedarás con nosotros y así contigo vamos a seguir luchando por crecer". De este modo "el hijo predilecto de Puno", como solemnemente fue reconocido, descansa en la Cripta de la Catedral.

Así se coronó una vida que comenzó en la ciudad de Huánuco el 15 de Julio de 1923.

En 1938 entra en el Aspirantado Salesiano de Magdalena del Mar. En la misma casa comenzó el noviciado coronándolo con la profesión religiosa el 31 de Enero de 1942.

En los años 1942-1944 cursó sus estudios de filosofía que culminó brillantemente. Y en 1949 lo encontramos en La Crocetta-Turín para sus estudios de teología, siendo ordenado de sacerdote el 1º de Julio de 1952. Allí mismo sacó el Doctorado en Teología. Lo encontramos luego como animador espiritual (Catequista) en la Casa de Formación de Magdalena del Mar. Y en 1958 Director del Colegio Don Bosco del Callao. Allí lo alcanzó el nombramiento a Obispo.

Recibió la Ordenación Episcopal en la Basílica de María Auxiliadora de Lima el 26 de Abril de 1959.

Hermanos, es para mí una seria responsabilidad presentarles una figura que nos ha dejado un recuerdo que, como bien expresó el actual Obispo de Puno, la historia sabrá ponderar debidamente en todo su valor.

Yo, con el cariño y esmero con que lo haría con mi propio hermano, les escribo estas líneas, que salen de dentro de mi corazón, y tratan de reflejar la profunda impresión que he sentido al volver a leer la primera Carta Pastoral que dirigió al clero y a los fieles de su diócesis. El mismo la ha comentado maravillosamente con el correr de los años, resultando así en vida un fiel calco de lo que entonces inspirado manifestó. Veamos lo que dijo y ha hecho.

Ante todo al sentirse llamado a ser sucesor de los Apóstoles exclamó: "Con el alma vibrante de emoción y con nuestro espíritu sumergido en los secretos y adorables designios de Dios... pondré mi confianza en el Señor..." Y lo que dijo entonces lo hizo vida, caminando siempre apoyado en esa confianza divina. Esto hizo que a pesar de su capacidad e inteligencia se mostrase con esa ingenuidad propia del que se fía totalmente de Dios y así acoge a los hombres y se fía de ellos con la misma confianza con que lo hacía con Dios.

Una sola consigna y un solo motor marcaron su vida: la Caridad Apostólica. Lo que expresó muy bien en su lema episcopal con la frase paulina: "La caridad de Cristo nos apremia". Ahí, pues, encontraremos la clave para leer con objetividad toda su vida.

Por lo demás él quiso así continuar una herencia marcadamente salesiana, que con su muerte le dejaron un año antes de su ordenación los dos preclaros Obispos Salesianos, Mons. Víctor Alvarez y Mons. Octavio Ortiz Arrieta; este último, fallecido con claros signos de santidad, cuyo comienzo de la causa de Beatificación y Canonización se está por abrir por insistente petición del Obispo y los fieles de la Diócesis de Chachapoyas, que fue su sede. En este sentido escribía: "Las dos figuras de estos dos gigantes del Episcopado peruano quedarán duplicadas en nuestro espíritu. Os confesamos que un temblor invade nuestro ser al escribiros estas cosas. Pero las dejamos consignadas como testimonio de esa llama que nos consume por dentro hasta el extremo de que 'quisiéramos ser anatema de Cristo por nuestros hermanos'" (Rom. 9, 3)

Han pasado 27 años desde cuando fueron escritas estas palabras y podemos decir que hoy resuenan como eco fiel del compromiso asumido de amar siempre a todos según el Corazón de Cristo. Por eso resulta natural que continúe diciendo: "...nos ofrecemos a vosotros en calidad de don total, hecho de abnegación cotidiana, de entrega incondicionada, de desvelo constante y desinteresado por los intereses eternos de cada uno de vosotros". Esta actitud se convertirá en una santa pasión que como el Apóstol le llevará a exclamar: "De muy buena gana nos gastaremos y desgastaremos hasta agotarnos por vuestras almas, aunque amándoos con mayor amor seamos menos amados" (2 Cor. 12, 15).



¡Que bien suenan ahora, en visión retrospectiva, estas palabras programáticas y el que Mons. Julio cayera en una tarde habitual de servicio a los hermanos, servicio que lo convirtió en un pan que trató de alimentar a todos los que de algún modo se acercaron a él. Y digo como el pan porque en la última etapa de su vida, al regresar de París, con el instrumento de los altos estudios de Sociología que hizo allí, creó una Asociación en el 1982 denominada precisamente "CONPA", es decir, Compartamos nuestro pan", para atender en las necesidades primarias y vitales a las comunidades campesinas de las alturas de Cotahuasi. Es así como sin pausas ni titubeos y diría más, aún con mucha fatiga y dolor, ha querido continuar lo que como buen pastor le llevó a decir: "Daré todo lo mío y si esto no basta me daré a mí mismo". A este punto me viene espontáneo preguntarme: ¿Alguién se acercó a él que no haya sido escuchado y atendido? No hay duda de que la medida de su entrega fue entregarse sin medida. Y me atrevería a decir hasta el punto de ir, en algunos casos, más allá de lo prudencial y de la lógica común. Se me ocurre que es algo parecido a lo que nos dice Jesús al hablarnos del dejar la noventa y nueve ovejas por buscar a una descarriada, o hacer más fiesta por lo que se recupera que por lo que se conserva. Nada raro entonces que las razones del corazón nos resulten a veces difíciles de comprender y que por ellas se pueda uno volver audaz y hasta temerario. Mons. Julio resultó por esta razón fuente de sufrimiento para sí y para muchos otros que lo amaban, pero que no podían comprender ni aceptar, por el bien común, su originalidad. Cuando una persona es parte pública de un "Colegio" o de una "Institución" es natural que deba tener en cuenta no sólo la coherencia consigo mismo, sino también las exigencias gremiales que se derivan de dicha Institución o Colegio. Pues bien en este contexto se puede comprender cómo dejó su Diócesis para ir a Roma y la actitud obediente y respetuosa y no menos dolorosa que le acompañó.

En realidad, como bien lo indicó Mons. Augusto Beuzeville, esta actitud constante hizo que Mons. Julio fuera entre otras cosas activo, generoso y entregado totalmente a los demás y que se preocupara por:

- la inserción del laico en la vida eclesial;
- el desarrollo integral de la gente mediante la creación de fuentes de trabajo y las Cooperativas;
- el llevar la nutrición a los campesinos y defender sus vidas;
- formación de líderes catequistas;
- educación inicial para los niños;
- creación de promotores de salud;
- construcción e implementación de las casas parroquiales;
- fomento del desarrollo de los Medios de Comunicación Social en la Diócesis: Radio y T.V.;
- promoción vocacional.

Y esto hasta abrirse paso con formas y métodos que tal vez por su novedad e impacto salieron del ritmo pedagógico requerido en la Diócesis y no tuvieron en cuenta el momento histórico que la Iglesia en el Perú vivía.

Algo más: es un hecho que este amor pastoral se plasmó en ser "Padre y Pastor de su grey" y no "como el que vive, decía, lejos del mundo y despreocupado de sus miserias y problemas; sino como ese Dios que es nuestro Padre que está en los cielos y conoce y se preocupa de las cosas que necesitamos (Mt. 6, 32). En esta concepción pastoral se hizo un deber "ser, más que mostrarse, padre de todos porque os volveremos a dar la vida en Dios hasta tanto que la vida de Cristo vaya naciendo en vosotros" (Gal. 4, 19). Y continúa: "Cual otros padres tendremos la incesante preocupación de alimentarnos con el alimento espiritual, defender la vida de vuestras almas contra los peligros que amenazan la fe, la unión, la vida de gracia y daros ese cariño de padre, imprescindible no sólo en el mundo de los cuerpos, sino y mayormente, en el de los espíritus". De ser padre de todos derivó el sentido que dió al mismo ejercicio de autoridad que como Obispo debió ejercer y, en efecto, comentaba con S. Ignacio Mártir: "Estad sujetos a vuestro Obispo como si fuera al mismo Señor. Obedeced todos al Obispo como al Padre de Jesucristo"; llegando en consecuencia a exigir más de una vez esta obediencia a los que podían crear rupturas en el cuerpo de la grey con sus costumbres escandalosas.

Creo importante resaltar la primacía que dió a la Catequesis, "haciéndoos oír, se expresaba, nuestra palabra de viva voz o por escrito", como también lo logró por medio de la Radio por Onda Azul o el Canal diocesano de Televisión.

"Pan y catecismo", como muy bien dijo Mons. Jesús Calderón en sus palabras de despedida, lo reflejaron como un verdadero hijo de Don Bosco.

Por lo demás era natural que así lo fuera y lo sintiera: "Agradecemos a Dios desde lo más profundo del alma el inmenso beneficio de habernos permitido educarnos desde nuestra niñez a la sombra benéfica de este coloso de la santidad. El, pues, seguirá siendo el inspirador e informador de nuestra vida y desde ahora ponemos bajo su patrocinio todo nuestro apostolado". Lo informó en las grandes devociones que brotan del sueño de las dos columnas que él llama "síntesis maravillosa" donde se encierran: la barquilla de la Iglesia con el Papa a la cabeza, como las dos columnas a las que se amarra segura y firme la Iglesia de Cristo: la Santísima Eucaristía y la devoción a la Madre de Dios, Auxilio de los Cristianos.

Esto le llevó, ante todo, a "sentir con la Iglesia, pensar con la Iglesia, rezar con la Iglesia, obrar unificados bajo la dirección de la Iglesia" y a pedir a su Diócesis: "Escuchar siempre dóciles y unidos la voz del Pastor de los Pastores, el Vicario de Cristo, para que se haga un solo rebaño bajo un solo Pastor".

Estas expresiones nos sirvan para evocar aquellos momentos difíciles, que si hoy los vemos en profundidad y no bajo el prisma de las noticias superficiales y mal intencionadas de la prensa de entonces, nos harán descubrir que entre lágrimas y por la fuerza de la fe, actuó con



fidelidad y con fuerte amor a la Iglesia y al Papa; sobre todo practicando la obediencia y la reconciliación, con conmovedora actitud evangélica. De este modo escribió a sus fieles en aquella hora dolorosa: "El Santo Padre me llamó y voy allá; si es que quiere que me quede en Roma, me quedo. Quiero obedecer a la Santa Madre la Iglesia; para esto me he hecho salesiano".

En cuanto a su amor a la Eucaristía, conociendo la manera con que la celebraba se comprende que se dirigiera a sus fieles diciendo: "Trabajaremos con todo nuestro esfuerzo porque todos nuestros hijos sin distinción ni de edades o sexo, posición social, económica o ideológica, frecuenten y reverentemente se acerquen a recibir el Cuerpo Sacrosanto de Cristo".

En lo que a María Santísima se refiere, estaba convencido de un dato fundamental y es que "la devoción a la Madre de Dios 'Auxilio de los Cristianos' está arraigada en lo más profundo de la conciencia cristiana de nuestros pueblos de América". En efecto, en la cumbre del Cerro de Cancharani dejó como un faro de luz, de paz y de evangelización para el pueblo un Santuario. Y también quiso "a todos y a cada uno de sus fieles bajo la protección de esta amorosa Madre, rogándole que sea ella desde el cielo la que guíe nuestros pasos y cual gloriosa Capitana, siempre vencedora de las batallas del Señor, salga con nosotros en nuestras correrías apostólicas y combata por nosotros y nos defienda a todos de modo que nos hagamos dignos de que nos muestre después de este destierro a Jesús, fruto bendito de su vientre".

Este hermoso cuadro que hemos sacado de los textos de su primera Carta Pastoral se completa con otros dos rasgos que ponen todavía más en realce la figura del hermano, la austeridad que dio a su vida cierto aire ascético, atreviéndose a decir que "a su debido tiempo vosotros mismos os encargaréis de recordarnos si habremos ido en pos de la satisfacción de nuestras comodidades y aficiones personales".

Lo que nunca fue necesario hacer, pues con razón dijo de él el actual Obispo de Puno: "No me dejó arca repleta, sino fuente de financiamiento de otras comunidades cristianas: plata invertida en obras. El Obispo encontró este tesoro y un ejemplo de generosidad. Si se quiere, deudas, pero quiero decirlo aquí como testigo ante Dios, que esas deudas estaban invertidas".

Y sobre todo el profundo espíritu de oración del que testimonia igualmente el Sr. Obispo de Puno: "Hombre muy hombre, genial, sobre dotado, sacerdote santo de oración... uno llega y entra al santuario de su cuarto, de su capillita, de la ventanita de su dormitorio que se comunicaba con la capilla donde pasaba largas horas de oración".

Concluido el cuadro que con sus mismas palabras he podido exponerles, no me queda sino dar gracias a tantas personas que han estado unidas a nuestro dolor, en especial al Episcopado peruano presente

a través de S. Eminencia el Sr. Cardenal y de varios Obispos; a la Nunciatura Apostólica, presente en la persona de Mons. Serapión Bambonire; y al Rector Mayor Don Egidio Viganó, que como había estado siempre al lado del hermano Obispo, lo hizo también en esta hora; y a su madre y hermanos; y con ellos a tantos otros que de distinta manera nos han acompañado.

Hermanos, según nos invitan nuestras Constituciones, sigamos recordando al hermano y ofreciéndole abundantes sufragios. Así en la caridad que no acaba permaneceremos unidos los que aún peregrinamos con los que ya descansan en Cristo.

Se despide vuestro hermano en Cristo y en Don Bosco.

Sac. José R. Gurruchaga E.  
Inspector

